

LA ORACIÓN

por Francisco-Manuel Nácher

1.- Dios es luz, dice San Juan. Incluso en su aspecto físico, ni los más potentes telescopios logran captar los límites de esa luz.

Si no tuviésemos ojos para ver la luz física ni oídos para escuchar los sonidos materiales, ni el tacto para apreciar las formas, nuestra vida sería una oscuridad y un silencio y una ignorancia permanentes. Pero hemos desarrollado los sentidos necesarios y percibimos esos estímulos y nos sirven para orientarnos y sentirnos vivos en el mundo físico.

Del mismo modo, si queremos evolucionar, hemos de desarrollar los órganos que nos permitan ver la luz divina y escuchar la voz del silencio. Y, entre todos los medios existentes para conseguir tal desarrollo, el mejor, el más idóneo, el más efectivo es la oración, que nos hace posible el sumergirnos en la luz espiritual que, alquímicamente, nos transforma en santos envolviéndonos en el dorado y luminoso cuerpo-alma.

2.- Desde luego, la oración no está de moda. Pero, incluso entre los que la propugnamos como el mejor medio de mantener un contacto con los planos superiores - “orad sin descanso” - nuestra oración no es lo que debería ser.

Y no es lo que debería ser porque, si bien se nos dijo: Buscad y encontraréis, **pedid y se os dará**, llamad y se os abrirá”, no sabemos pedir.

El apóstol Santiago, en su única epístola, dice clarísima y textualmente sobre el particular: “...y no obtenéis porque no pedís; o, si pedís, no recibís porque pedís mal, para satisfacer vuestros apetitos”.

Porque ocurre que cuando, tras plantearnos la Gran Pregunta y buscar y encontrar, nos convencemos de la existencia de la evolución y de la obligación de evolucionar debidamente, en un alarde de “pereza espiritual”, encontramos la forma más cómoda para orar, y nuestra oración resulta, más o menos, de este tenor: “Señor, haz que evolucione.

Hazme evolucionar rápidamente y yo, luego - esto no lo decimos pero lo tenemos in mente - yo, luego, con las facultades y la comprensión y el conocimiento desarrollados gracias a esa evolución, actuaré altruistamente en beneficio de los demás”.

Y no es eso. De ese modo nadie ha evolucionado, ni evoluciona ni evolucionará nunca ni un ápice. Eso equivale a decirle a Dios: “Haz Tú el esfuerzo y dame gratuitamente facultades o capacidades o conocimientos que no merezco y por cuya adquisición me es más cómodo no esforzarme, y luego yo, con esas facultades, actuaré altruistamente en beneficio de los demás”.

Y no funcionan así las cosas. El esfuerzo ha de ir siempre delante de la consecución, como el trabajo va antes del salario. Hasta los agraciados con la lotería, aunque no lo parezca, han hecho antes méritos suficientes y han puesto así en marcha causas que ahora les procuran la suerte.

La base en clave, citada arriba, del ocultismo, pues, se estructura así: “Buscad con esfuerzo y encontraréis; pedid después de hecho el esfuerzo y recibiréis; llamad después de los esfuerzos de buscar y de pedir y se os abrirá”. Porque, en la naturaleza todo, absolutamente todo, tiene un precio. Un precio que se paga siempre con esfuerzo. Físico, emocional, mental o espiritual, pero esfuerzo, que es lo que nos hace realmente “e-volucionar”, es decir “sacar de dentro”. Y el precio de la evolución espiritual es el servicio altruista al prójimo. Con pensamientos, con palabras, con deseos, con obras, con escritos... pero **altruístas y desinteresados**.

Todo esto puede resumirse en un solo pensamiento que nos conviene tener muy claro y muy grabado en la memoria: “**Si quieres evolucionar espiritualmente, olvídate por completo de tu evolución espiritual**. Si te esfuerzas por los demás, y **sólo** por ellos, cuando te des cuenta habrás evolucionado. Porque la evolución es precisamente una de esas cosas a las que se refería Cristo cuando dijo que se nos darían “por añadidura”. No hay otro camino.

3.- Hemos aprendido a pedir egoístamente, como consecuencia del despertar de la conciencia. Y nos hemos acostumbrado a pedir cada vez que oramos. Y pedir nos resulta tan cotidiano que hemos llegado a

identificar plegaria y petición. Sin embargo, ¿por qué pedimos aquello que Dios ya nos concedió desde el principio?. Dios nos lo dio todo. ¿Es que creemos que con nuestra insistencia nos acercamos más a Dios? ¿O es que todavía no hemos reconocido a nuestro Dios Interno ni sabemos verlo en el interior de los demás? El propio Cristo colocó el listón de nuestras peticiones, muy claramente, en el Padrenuestro, al recomendar que sólo pidiésemos : “El pan nuestro de cada día.”

Indefectiblemente, sin embargo, llega un día en que nace el ofrecimiento sincero de nosotros mismos y entonces la vida se convierte en oración. Desde entonces, vivir es orar. Y esa oración sí que alcanza el Trono del Padre.

4.- Porque la oración en sí no basta. Para que nuestras súplicas alcancen el Trono de Dios es preciso que nuestra vida entera, tanto despiertos como en sueños, sea una constante súplica para la iluminación y la santificación.

5.- Ora et labora. Reza y trabaja. Son los dos aspectos, ambos necesarios, de la evolución. Se nos ha situado en este mundo para su conquista y, por tanto, hemos de trabajar. Cada uno en sus labores, en sus responsabilidades, en sus proyectos, en sus familias y en su entorno; y cada uno con sus capacidades, habilidades y tendencias, que son el patrimonio que, a lo largo de vidas y vidas se ha creado. Pero, al mismo tiempo, hemos de orar. O, mejor dicho, convertir todas esas nuestras actividades en una oración, en una dedicación permanente a Dios. Sólo de ese modo, haciéndolo todo para Dios, en Su honor, nos será fácil caminar por la vida, porque pondremos en funcionamiento la Ley de Atracción y las ocasiones de servir y las oportunidades de ayudar se multiplicarán, y nuestra existencia estará llena de paz y alegría interiores, aunque en nuestro entorno los embates del mundo parezcan querer destruirnos.

6.- “Pedid y se os dará”, ¿qué significa? Significa, sencilla y literalmente, que aquello que pidamos, lo obtendremos, es decir, vendrá a nosotros, se realizará. Si pedimos a los planos superiores algo positivo, lo recibiremos y nos beneficiará. Y, si pedimos algo negativo, lo recibiremos igualmente y nos perjudicará. Siempre que no se oponga a

nuestro plan de vida y a nuestro karma maduro, lo recibiremos, sea material, mental o espiritual. Y, si no procede, por alguna de esas razones, quedará grabado en nuestro átomo simiente y, al ir a reencarnar la próxima vez, nuestro Ego se verá compelido a incluirlo en su plan de vida y nos vendrá. En todo caso hemos de comprender que la naturaleza tiene sus procesos y en ella nada ocurre súbitamente. Por eso se nos dice que pidamos insistentemente, para reforzar el proceso, y con fe, para no interferir en él con modificaciones. Pero lo que pidamos, lo recibiremos. Sin otra posibilidad. Sin excepción. Y por eso, con tales conocimientos, con tal seguridad, lo sensato es pedir cosas que valgan la pena. De ahí que Salomón, cuando Jehová le dijo que pidiera lo que quisiese, pidió sólo "discernimiento", es decir, sabiduría. Y la obtuvo. Acompañada, además, por la riqueza, el poder, la fama, etc., es decir, todo lo que realmente es accesorio. Pidamos, pues, eso, sabiduría, para comprender qué hacer en cada momento de nuestra vida, y voluntad para hacerlo. Con eso lo tendremos todo. En todo caso, sin embargo, será nuestra propia energía creadora la que obrará el milagro.

7.- Nuestra postura debe ser como la de la aguja de la brújula que, aunque momentáneamente y por causas exteriores, se aleje del Norte, apenas cesan aquéllas, regresa presurosa a orientarse hacia él.

8.- El lugar de la oración es importante. Debe ser un espacio en el que nos sea posible encontrarnos con nosotros mismos y con Dios. En el que reinen el silencio, la paz, la elevación, las vibraciones positivas. Y, a ser posible, deberemos ocupar siempre el mismo sitio, con el fin de sintonizarnos más rápidamente con las vibraciones allí existentes, que son retenidas por los muebles, las paredes y los objetos.

Ése es el ideal, por supuesto, lo que todos deberíamos hacer todos los días: dedicar unos momentos a la oración, digamos, con todos los requisitos indicados. Pero, si nuestra oración ha de ser constante, y si nuestra vida ha de ser una oración, está claro que cualquier sitio y cualquier momento son buenos para elevarnos a Dios.

Lo dicho arriba, pues, es aplicable a nuestro "rincón" para orar, en el domicilio privado.

9.- La oración puede ser mental o pronunciada, solitaria o en colectividad. La mental tiene la ventaja de la mayor concentración; la pronunciada, la de la producción de mayor vibración; la solitaria, la intimidad con uno mismo y la emoción; la común, la recíproca influencia, buena o mala, y el efecto multiplicador, ya que aumenta exponencialmente las vibraciones que produce, de modo que el doble de personas no producen dos veces más vibraciones, sino el cuadrado.

La oración repetida da lugar a la construcción de un templo invisible, alrededor del edificio físico, de una indescriptible belleza y que, con sus vibraciones, ayuda a los fieles a sintonizarse rápidamente para orar, eliminando las caóticas vibraciones del mundo circundante.

Una cosa hay que tener en cuenta, porque puede anular o disminuir la efectividad de la oración: Los horóscopos de los presentes han de tener influencias armoniosas pues, cuando una aflicción astrológica de un horóscopo se halla en el ascendente de otro, ninguno de los dos interesados puede sacar provecho alguno de la oración en común. Podrán, individualmente, dominar sus estrellas y vivir vidas santas, pero están faltos de la armonía necesaria para orar conjuntamente, armonía que sólo obtendrán mediante la Iniciación.

10.- Como el cuerpo vital es el responsable de los hábitos y el orar ha de llegar a constituir uno de los más arraigados en nosotros, es conveniente, por un lado, que oremos a la misma hora y en el mismo lugar; y, por otra que, en medio de los afanes y trabajos de la vida, cuando tengamos un momento en que nuestra atención no sea ya necesaria en algo concreto, convirtamos en costumbre el dirigirnos automáticamente hacia arriba para sintonizarnos con Dios.

Sin embargo, nuestra oración no será perfecta mientras la utilicemos para pedir. Sabemos que es mucho más hermoso dar que recibir. Y sabemos que somos dioses en formación. Pero sólo empezaremos verdaderamente a ser dioses cuando nuestra oración sea, no para pedir, sino para dar, para ofrecer a Dios nuestra colaboración, nuestra dedicación, nuestra entrega, nuestros esfuerzos, nuestra mente y nuestro corazón; para colaborar en Su Gran Obra.

11.- Existe la posibilidad de que nuestra plegaria, como consecuencia del hábito, se convierta en algo mecánico y pierda su

efectividad. Por eso debemos examinarnos con frecuencia para comprobar si estamos siendo conscientes de lo que hacemos; porque la oración posee tres alas que le permiten volar a las alturas: El amor, la aspiración y la mente. Sólo, pues, si nos guía el amor desinteresado y nos impulsa la aspiración de realizar nuestro cometido como criaturas de Dios, y si conocemos inteligentemente cómo dirigir la plegaria, ésta será efectiva.

12.- Por supuesto, toda petición egoísta, excepto si lo que pedimos es sabiduría o discernimiento o progreso interior para mejor actuar en el campo del Señor, cae de lleno en la magia negra. Y todos sabemos los riesgos que ello conlleva, el primero de los cuales estriba en que nuestra oración no pasa nunca del nivel del Purgatorio y, además, por ser egoísta, regresa a nosotros con las vibraciones negativas que allí haya atraído.

13.- Incluso hemos de ser cuidadosos sobre la razón de nuestras plegarias: La oración frecuente produce un contentamiento interior indescriptible y una tendencia a repetir, cada vez más frecuentemente, la experiencia. Y, aunque, a primera vista, parecería que es ésta una situación envidiable, es preciso que nos preguntemos: ¿Qué hay detrás de ese mi deseo de orar? ¿El beneficio de los demás o mi propio placer espiritual?

Ése es el motivo de la tan conocida y lamentada Noche Oscura del Alma a que todos los místicos se refieren y que todo estudiante experimenta en algún momento: Nuestras oraciones han buscado más el propio placer, la propia satisfacción, que el beneficio de la Humanidad y, lógicamente, al ser un sentimiento egoísta, las leyes naturales nos han cortado la comunicación... hasta que nos demos cuenta y rectifiquemos. Porque se nos ha dicho claramente: “Buscad el Reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura”. Por lo tanto, no nos es lícito buscar esa “añadidura” por nuestra cuenta.

14.- La oración, pues, es un acto de magia, puesto que dada nuestra condición de seres creadores, pone en funcionamiento la Ley de Atracción y produce el juego de energías espirituales que responden a

nuestra actuación voluntaria. Pero puede ser un acto de magia blanca, si busca el bien de los demás y, en ese caso, la Ley de Atracción nos proporcionará progreso espiritual y ocasiones de servicio; o puede ser un acto de magia negra, si pretende nuestro propio beneficio, en cuyo caso, nos producirá mayor negatividad, más egoísmo y retraso en la evolución.

¿Qué es lo que debe, pues, constituir el objeto de nuestras oraciones? Simplemente, Adorar y Alabar a Dios y, fundamentalmente, el Amor.

La oración debe convertirse para nosotros en una necesidad, de modo que, al elevarnos, podamos exclamar: “como la gacela anhela el agua del arroyo, así está sedienta mi alma de Ti”.

La práctica de la oración científica produce un fruto único, impagable e indescriptible: El clímax, la identificación, la sensación de plenitud, de totalidad, de sosiego infinito, la comunión espiritual, que nos hace comprender y compartir aquella exclamación de Cristo: “El Padre y yo somos uno”.

Ese clímax no es frecuente ni es duradero. Pero, experimentado una vez, nos magnetiza de tal modo que nada habrá que pueda torcernos en nuestro sendero hacia Dios, ni los mayores trabajos y sacrificios nos parecerán tales, comparados con la magnitud y la complacencia y felicidad que aquél nos proporciona.

15.- El siguiente diálogo investiga en dos aspectos o clases de fe: la activa y la pasiva:

- ¿Cómo definirías la fe?
- Antes de definirla, distinguiría dos clases de fe.
- ¿Dos clases de fe? ¿Cuáles?
- Sí. Hay una fe, que yo consideraría como fe activa, y otra que podría denominarse fe pasiva.
- ¿Y cómo es eso? Nunca lo había oído.
- Pues, si profundizamos un poco en el tema, se distinguen muy fácilmente.
- ¿En qué?
- Basta con reflexionar un poco sobre algunos pasajes de las Escrituras para verlo claro.
- Dime, pues, qué pasajes son éstos y hagamos juntos la reflexión de que hablas.

- De acuerdo. Primero estudiaremos la fe que yo llamo activa. Podemos basarla, entre otros muchos, en cuatro pasajes de las Escrituras: Primero (Juan 10:34 y Salmo 82: 6), “*recordad que sois dioses*”; segundo (Mateo 17:20 y 21:22, Marcos 11:24 y Lucas 17:6), cuando Cristo dice a Sus discípulos: “*Si tuvieseis fe como un grano de mostaza, diríais a ese monte que se echase al mar y el monte lo haría*” o “*diríais a esa morera: Arráncate de raíz y plántate en el mar. Y os obedecería.*”; tercero (Números 20:11). Moisés teniendo que golpear la roca dos veces para conseguir que de ella manara agua, flaqueza en su fe que le acarrió no entrar en la Tierra Prometida; y cuarto (Marcos 11:24-25), al decirnos Cristo: “*Cuando pidáis algo, pedidlo como si ya lo hubieseis recibido, creed que ya os lo han concedido y, entonces, lo recibiréis*”.

- ¿Eso es todo?

- Sí. Podría traer a colación otros muchos pasajes, pero con estos basta.

- Sin embargo, observo que el cuarto ejemplo que has puesto, no habla de la fe...

- ¿Que no? ¿Cómo es posible pedir algo como si ya lo hubieses recibido? ¿No supone eso una fe tan fuerte, tan definitiva, como la del primer pasaje? Es la fe misma. Si pido algo con la disposición de ánimo que tendré después de recibirlo, con la certeza y la seguridad de que ya lo he recibido, ¿no estoy demostrando una fe total, una certeza absoluta?

- Bueno... sí. Es cierto.

- ¿Y no es la misma fe, la misma seguridad, la misma certeza, la misma confianza que se nos pide para mover los montes?

- Sí, realmente es la misma fe.

- ¿Y la misma confianza en sus propios poderes que necesitaba Moisés para sacar agua de la roca?

- Sí. Está claro.

- ¿Y no tienen como característica común una especie de movimiento de dentro hacia afuera, un propósito de influir en lo exterior directa y activamente, una especie de orden a la naturaleza?

- Sí.

- Pues por eso la llamo fe activa. Muy distinta, por cierto, de la pasiva que se encuentra, por ejemplo, en Mateo 6:32, en el pasaje en el que Cristo dice a Sus discípulos que el Padre sabe lo que necesitamos y,

si alimenta a los pájaros y viste a los lirios, no necesitaríamos pedirle nada. O cuando en Mateo 6:7-8 y en Lucas 11:9-11 nos aconseja: *“Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. Porque el que pide, recibe, el que busca, encuentra y al que llama, se le abre”*. O en ese otro pasaje de San Pablo (Romanos 3:28), que dice: *“El hombre se rehabilita por la fe, independientemente de la observancia de la Ley”*, en el que parece decir que la fe, el creer en Cristo, basta para salvarse, bien entendido que aquí, “salvarse” quiere decir continuar evolucionando debidamente. O, incluso en pasajes como el del Centurión (Mateo 8:5-13) que pide a Jesús que cure a su criado y Jesús, vista su fe, le dice: *“Como has tenido fe, que se te cumpla”*. Situación ésta que se repite en Lucas 7:1-10 y en Juan 4:43-45. O en el de la Hemorroísa (Marcos 5:27-28, Mateo 9:20-22 y Lucas 8:43-48). O en el de los que, con sólo tocar el borde de su manto, se curaban (Mateo 14:34-36 y Marcos 6:56). En todos ellos se espera que sea otro, Dios, el que haga el milagro. Es decir, se recibe pasivamente el favor. Pero fíjate en que, en el pasaje en que Pedro intenta caminar sobre las aguas, como Cristo, y, al hundirse, le pide ayuda (Mateo 14:29-31) que, por supuesto, recibe, Jesús le dice: *“¡Qué poca fe!, ¿por qué has dudado?”* Y yo me pregunto: ¿De qué dudó? Como pescador que era, sabría nadar. ¿De qué dudó, pues? ¿De la ayuda del Maestro? ¡No! Dudó de su propia capacidad para caminar sobre las aguas. Y Jesús llama a eso “poca fe”. Y yo añado, poca fe activa. Los ejemplos están clarísimos y son muchos, a lo largo de las Escrituras.

- Sí. Parece ser así.

- Ésa fe se basa en la propia confianza, mientras que la fe pasiva se basa en la confianza en Dios. Pero, fíjate bien: Aunque sea una fe pasiva, de segunda categoría en un ser creador como el hombre, es básica y necesaria, como demuestra Mateo 13:58 diciendo: *“no hizo allí muchos milagros por su falta de fe”*, y ratifica Marcos 6:5 al asegurar: *“No pudo hacer allí ningún milagro... Y se extrañó de aquella falta de fe”*.

- Está claro.

- Está claro, pero no lo estuvo para todos. Fijémonos, por ejemplo, en Lutero. Cuando estudió la fe, basado seguramente en el pasaje de San Pablo antes citado o en otros de la misma Epístola, estableció, como base de su innovación religiosa, que la fe justifica, es decir, que con la fe

basta para “salvarse”. Y, en cambio, no tuvo en cuenta otro pasaje de San Pablo (I Corintios 13:1-3) en el que, al hablar del amor, dice claramente que la fe sin amor, es decir, sin obras, no sirve de nada.

- Sí, recuerdo ese pasaje.

- Y uno se pregunta: ¿Cómo pudo San Pablo decir, por un lado, que la fe basta para salvarse y, por otro, que no?

- Pues, realmente, no sé que decirte.

- Porque en un caso hablaba de la fe pasiva, necesaria para trazar el canal por el que han de circular las peticiones del hombre a Dios, y las respuestas de Dios, como Padre y Creador del hombre que es. Y, en el otro caso, se estaba refiriendo a la actuación del hombre como creador, cuando, utilizando su propia capacidad creadora, como dios que es, actúa conscientemente fuera de sí mismo, para producir un efecto en el mundo exterior.

- O sea, ¿que quieres decir que la fe que tú llamas pasiva es la básica, y la otra, derivada de ella?

- No exactamente. La fe pasiva es un presupuesto básico de todo cristiano. Si no se cree en Cristo y en Su doctrina, no es posible ser cristiano. Eso es de Perogrullo, ¿no?

- Sí, claro.

- La fe activa, sin embargo, aunque Cristo, como hemos visto, la llamaba también fe, sin más, es más bien la seguridad, la certeza y la confianza en la propia deidad y, por tanto, en la propia capacidad para obrar milagros, como el traslado de los montes o el trasplante de la morera.

- Comprendo.

- Fíjate cómo el mismo San Pablo, que se da cuenta de que lo que yo llamo fe activa no es más que una facultad del hombre como tal y que, por tanto, podemos usar para el bien o para el mal, o sea, positiva o negativamente, - y estamos entonces en la magia blanca o en la magia negra - le añade el amor como característica necesaria para ser magia blanca. Y por eso nos dice: “*Y, aunque tuviese toda la fe, hasta el punto de poder trasladar los montes, - como decía Cristo al hablar de la fe activa - si no tuviese amor, nada sería*”. ¿Por qué? Porque, desde la conversión de Cristo, tras su muerte, en el regente de la Tierra, está permanentemente, desde su centro, influyéndonos, impregnándonos con

su vibración de amor, haciendo que tendamos hacia el bien y nos convirtamos en magos blancos. Mientras que los que usan sus poderes divinos, como hombres que son, sin amor, se convierten en magos negros. Pero ambos emplean la fe activa, la confianza en sus poderes, es decir, la que caracteriza al ser creador.

- Comprendo.

- Resumiendo, pues: La fe pasiva es básica para ser cristiano. Pero, una vez cristiano, al actuar como hombres y, por tanto, como seres creadores, necesitamos usar la fe en nuestra capacidad creadora, junto con el amor, es decir, con fines altruístas.

- Está clarísimo.

- Pero aún hay otra consideración que me gustaría hacer sobre la fe activa.

- ¿Cuál?

- ¿Quién crees tú que, en el caso de esa fe activa, hace que obtengamos algo cuando lo pedimos, como dijo Cristo, “*como si ya lo hubiésemos recibido*”, es decir, con la confianza total en nuestro propio poder creador?

- Pues no sé. Si lo pedimos a Dios, será porque lo hace Dios, ¿no?

- ¿Entonces por qué lo hemos de pedir como si ya lo hubiésemos recibido? Para pedir, basta la fe pasiva: Señor, dame esto o aquello. Y Dios lo da o no lo da, según convenga. Recuerda el “*pedid y recibiréis*”. Pero, en el caso de la fe activa, nos estamos dirigiendo a nuestro Yo Superior que, como verdadero duplicado de Dios, es quien obra el milagro. Y, para que lo haga, sólo hemos de tener la certeza de que lo hará... porque ese Yo Superior es... nosotros mismos pero es, a la vez, Dios.

- Está claro.

- Para concluir, te voy a poner aún tres ejemplos en los que aparecen ambas clases de fe.

- Vamos a ver.

- El primero se encuentra en Mateo 26:39, Marcos 14:36 y Lucas 22:42 en que Jesús exclama: “*Padre mío, si es posible que se aleje de mí este cáliz*” (ejemplo típico de fe pasiva). “*Sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la tuya*” (ejemplo máximo de fe activa). Cristo pudo, en virtud de sus poderes, mediante su fe activa, haber alejado de sí aquel cáliz. Pero no. Utilizó su fe activa del mejor modo: Hizo que quedara

todo en manos del Padre. Y el Padre, como lo que más convenía era la redención del mundo, no atendió su súplica.

El segundo ejemplo lo encontramos en Lucas 23:34 cuando Cristo, en el Gólgota, colgado de la cruz, en vez de decir a sus verdugos “*yo os perdono*” pidió. “*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*”. Cristo había perdonado frecuentemente los pecados. Incluso había asimilado el pecado a la enfermedad, y comparado, como cosas equivalentes, la sanación y el perdón de aquéllos. Sin embargo, en este caso, pidió al Padre que fuese Él quien perdonase a sus verdugos. ¿Por qué? Fue otro caso en que la fe activa pasó a ser fe pasiva, al consistir su mandato en que fuera el Padre el que perdonase. La redención era necesaria. Y alguien tenía que provocar la muerte del Redentor. Era, pues, cosa del Padre perdonar a los verdugos, piezas clave del drama cósmico que estaba teniendo lugar. Pero, no sólo teniendo en cuenta aquel acto, vil desde el punto de vista humano, sino las consecuencias kármicas para sus autores, en base a las consecuencias positivas de la redención para todo el género humano. Es como si hubiera dicho: “*No saben lo que hacen, pero es necesario que lo hagan porque Tú, Padre, lo has dispuesto así. Por lo que a mí respecta, yo ya se lo he perdonado. Pero Tú, Padre, por tu parte, no mires sólo su crimen, ten en cuenta también los efectos beneficiosos de la redención*”.

El tercer ejemplo importante de las dos clases de fe lo constituye el Padrenuestro. Su primera mitad es una clara manifestación de fe activa. Y la segunda mitad, de fe pasiva. Y ambas juntas, constituyen la oración perfecta. La más efectiva. Porque, en última instancia, nuestra capacidad creadora, base de la fe activa, también nos viene del Padre y la recibimos gratuitamente, pasivamente, lo mismo que la vida.

16.- El cerebro, como todos sabemos, está dividido en dos hemisferios, el derecho y el izquierdo. Y, aunque parecería que ambos deberían cumplir idénticos cometidos, en realidad no es así. El hemisferio izquierdo, aparte de ser el dominante en los diestros, rige la palabra, la escritura, las matemáticas, la lógica secuencial, analítica y simbólica, como los ordenadores. Está regido por los Luciferes.

El hemisferio derecho, además de ser el predominante en los zurdos, es mudo y rige el arte, la capacidad espacial y emocional, la

oración, la espiritualidad. Y está regido por Mercurio. Es el que, inconscientemente, utilizan los artistas para crear sus obras.

Max Heindel asegura que la evolución tiende a que utilicemos preferentemente este hemisferio y dejemos de usar el izquierdo, de manera que llegará un día en que lo irrigaremos voluntariamente y dejaremos de estar bajo la influencia luciférica.

Ni que decir tiene que debemos, cuando oremos, concentrarnos en nuestro hemisferio derecho, lo mismo que cuando meditemos, nos concentremos o realicemos cualquier acto de naturaleza espiritual y, por supuesto, artística. Es relativamente fácil acostumbrarse a ello. De ese modo no se es víctima de las interferencias luciféricas ordinarias.

17.- Mi oración, evolución de la que recomienda Max Heindel: “Acrecienta mi amor por Ti, oh Dios, para poder servirte mejor cada día. Haz que las palabras de mis labios y las meditaciones de mi corazón sean dignas de Ti, ¡oh Señor, mi fuerza y mi redentor!”

En esos momentos, mi oración es ésta:

“Aquí estoy, Señor, para hacer Tu voluntad. Ayúdame a acrecentar mi amor por Ti y mi conocimiento de Ti, para poder servirte mejor cada día; y a lograr que mis pensamientos, deseos, sentimientos, emociones, palabras y obras sean dignos de Ti ¡oh Señor, mi fuerza y mi Redentor!”.

El Padrenuestro.

Querer, y no desear.

“Como si ya lo hubieseis recibido”. Somos creadores y nuestro órgano creador es la mente.

Pero hay hombres polarizados en el corazón y los hay polarizados mentalmente.

A los primeros, para la efectividad de su oración les falta, generalmente, el elemento mental, ya que la mente es el más reciente vehículo, el más débil y el que peor manejamos. Hemos de formar una imagen mental, lo más clara posible, de lo que pedimos, sin ninguna emoción y, luego, precipitarla en el mundo físico.

Y a los polarizados mentalmente, les falta corazón. Por eso nuestra escuela recomienda fomentar, a la vez, ambas polaridades. No olvidemos que nuestro lema dice: “Un cuerpo sano, una mente pura y un corazón tierno”.

18.- Convendría distinguir entre la concentración, la meditación, la oración y la invocación.

a.- **La Concentración** consiste en fijar el foco de la mente, es decir, la atención, en un punto o en un asunto, sin permitir que se desvíe de él.

b.- **La Meditación** es una concentración prolongada, que nos permite, por un lado, profundizar en el tema escogido sin las distracciones que producen los sentidos y las emociones; y, por otro, recibir noticias del Yo Superior que, en esa calma absoluta, puede hacernos llegar su voz.

Porque en el proceso del conocimiento, los sentidos proporcionan noticias al cerebro físico, éste las transmite al cerebro etérico, éste al cuerpo de deseos y éste a la mente inferior o concreta (la materia especializada por nuestra mente del estrato inferior de la Región del Pensamiento Concreto).

Mientras que en la meditación sucede lo contrario: lo que piensa el Yo Superior lo transmite el Espíritu Humano (situado en la Región del Pensamiento Abstracto, que compenetra a la Región del Pensamiento Concreto), éste, a la mente en su estrato superior (compuesto por la materia más elevada de que disponga de la Región del Pensamiento Concreto, que compenetrará a las inferiores), la mente al cuerpo de deseos, éste al cerebro etérico y éste al cerebro físico, con lo cual la Personalidad dispone de los conocimientos sobre las verdades universales facilitados por el Yo Superior, que se pueden comprender y utilizar por el cuerpo físico y, por tanto, por la Personalidad. Esas noticias que el Yo Superior proporciona son lo que, en su conjunto se denomina la Intuición, que crecerá a medida que se avance en la práctica de la meditación.

El proceso es, pues, inverso en ambos casos: en el conocimiento, de abajo a arriba y en la meditación, de arriba a abajo.

Esas dos posibilidades, oración y meditación, se deben a que, como hemos dicho, unos hombres están polarizados en el cuerpo de deseos y

otros en el cuerpo mental y, por lo tanto, cada uno actúa más fácilmente por el punto de menor resistencia.

c.- **La Oración** es una concentración acompañada por el corazón, y ha de ser lo más inegoísta y pura posible, so pena de no pasar del Mundo del Deseo. Puede llegar hasta el Mundo del Espíritu de Vida.

Podrían clasificarse las oraciones según su finalidad, en:

- Las que piden beneficios materiales y ayuda.
- Las que piden virtudes y cualidades del carácter.
- Las que piden para otros, es decir, son intercesoras.
- Las que piden iluminación y comprensión divinas.

Como se ve, las cuatro clases tienen un componente importante de naturaleza de deseos. La cuarta clase puede hacer pasar al devoto de la oración a la meditación, que lleva el trabajo hasta el reino mental. El deseo cede su lugar al trabajo práctico de preparación para el conocimiento divino, de modo que el hombre pasa del mundo místico al mundo del intelecto.

Podría resumirse lo anterior diciendo que la oración más la abnegación del altruismo produce el místico, mientras que la meditación y el servicio disciplinado produce el Conocedor. El místico puede alcanzar el éxtasis, pero no puede repetirlo a voluntad. El conocedor, en cambio, puede entrar a voluntad en el reino del espíritu y participar inteligentemente de su vida y estados de conciencia. La oración se basa en un Dios que otorga. La meditación se basa en la divinidad del hombre, sin negar las premisas de la mística. En última instancia, el místico ha de seguir un día el camino del Conocedor y éste el de aquél.

Podría añadirse aún que la oración es accesible a todos, pero la meditación lo es sólo para el hombre mentalmente polarizado. En otras palabras: Todo hombre disciplinado que transmute su emoción en devoción espiritual, puede llegar a santo. Pero no todos los hombres pueden llegar a Conocedores, porque eso implica todo lo que el santo ha alcanzado, más el empleo del intelecto hasta alcanzar el conocimiento y la comprensión de los mundos del Espíritu.

d.- **La Invocación** es prácticamente un acto creador, una concentración que tiene por protagonista a la mente, que prescinde del cuerpo de deseos, y se dirige, con sus poderes, a las fuentes superiores

de la energía para reclamar la parte que, como Hijos de Dios nos corresponde para llevar a cabo nuestro trabajo como tales, en favor de la Humanidad. Puede llegar hasta el mismo Trono del Padre, es decir, hasta el Mundo de Dios.

Las Invocaciones o Palabras de Poder como el Padrenuestro o la Gran Invocación o la conocida sílaba Om, son efectivas sólo si se utilizan en el plano mental y con el poder de una mente controlada, es decir, enfocada en su intención y significado, detrás del esfuerzo hablado. Entonces se hacen poderosas. Cuando son pronunciadas con poder del espíritu, así como con la atención dirigida de la mente, llegan a ser en forma automática dinámicamente efectivas. Pertenecen al Yo Superior y sólo por él pueden ser utilizadas. Deben, pues, surgir de Él, cuya naturaleza es amor y cuyo propósito es el bien de todos, no el individual, y deben estar apoyadas por la voluntad, exteriorizada sobre una corriente de sustancia mental como una forma mental integrada. Ponen, pues, en movimiento la voluntad, el amor y la inteligencia del que invoca. Pero necesitan aún la colaboración del cerebro físico, último vehículo pero necesario, para que el resultado se plasme en el mundo físico. Por eso se necesita una integración entrenada y desarrollada entre el Yo Superior, la mente, el deseo, el cerebro y la Palabra Hablada o sonido.

19.- Un tema importante es el de la emoción. Realmente, la emoción de por sí no es constructiva. La emoción no ha construido nunca nada y, en cambio, ha destruido mucho. El que es constructivo es el deseo, aunque no creador. La emoción no puede pasar del Mundo astral, mientras que el deseo circula de arriba a abajo y de bajo a arriba como vehículo necesario de la creación. Recordemos que la energía sigue al pensamiento. Por tanto, el pensamiento, que es el verdadero creador, maneja la energía creadora. ¿Y cómo la maneja? Configurándola en imágenes que descienden del Espíritu Humano a la mente, donde se rodean de sustancia mental y, mediante la voluntad, se introducen en el Mundo del Deseo, de él pasan al cerebro etérico y de éste al físico, que las realiza. Pero para ese proceso no hace falta la emoción.

Aunque no nos demos cuenta, la mayor parte del día estamos a nivel emocional. Pero hemos de adquirir el hábito de vivir a nivel mental y sólo sentir emoción cuando queramos. Porque, para actuar en la vida, necesitamos del deseo, efecto de la voluntad en el cuerpo astral, pero no de la emoción, que nos ancla en el Mundo del Deseo y, dentro de él, en el elemental del deseo, tanto al crear algo - condicionándolo o deformándolo o contaminándolo - como al obrar o invocar. De modo que, anclados en el Mundo del Deseo, nos es imposible subir más, hacer que nuestra oración o nuestro pensamiento se eleve a planos más espirituales.

Porque no hay que confundir el deseo con la emoción, ambos habitantes del astral y creaciones del Cuerpo de Deseos.

20.- Los Luciferes menos evolucionados se oponen a la espiritualización del hombre porque, piensan, y quizá sea cierto, que si los hombres espiritualizan y eterizan su cuerpo físico, ellos se quedarán sin agarre en este plano para poder evolucionar. Por eso fomentan el materialismo, que es el mejor medio para evitar o, por lo menos, retrasar el progreso espiritual del hombre.

21.- Un truco para elevar nuestra vibración:

Sabemos que el Padrenuestro, única oración recomendada, de modo específico, por el propio Cristo, es un mantra de un poder inmenso, para limpiar y sintonizar todos nuestros vehículos, físico, etérico, de deseos y mental, con cada uno de nuestros tres espíritus, Divino, De Vida y Humano, y con la tres personas de la Trinidad, el Padre, el Hijo o Cristo y el Espíritu Santo.

Pero, además, sabemos que la primera frase del mismo, “Padre nuestro que estás en el cielo”, pronunciada con concentración, recogimiento y amor, se dirige como una flecha hacia la Divinidad. Es decir, nos pone en contacto directo e instantáneo con Dios, haciéndonos vibrar, no como Él, pero sí lo más elevado que nuestro actual grado de evolución nos permite alcanzar, ya que produce los mismos efectos de la adoración.

Si repetimos, pues, esa frase varias veces seguidas, con plena concentración y elevando nuestro corazón y nuestra mente a lo alto, nos daremos cuenta, no por sensaciones físicas sino internas, de que

vibramos cada vez a una tasa más alta y de que nos embarga una sensación intensa, cada vez más intensa, de plenitud. Será como una especie de excursión maravillosa, cada vez más deseada y cada vez más gratificante.

Si esto se repite cada día después de o en lugar de la concentración (no olvidemos que los efectos de la oración son superiores a los de aquélla), adquiriremos el hábito de elevarnos de ese modo cada mañana.

Con ello conseguiremos vibrar, durante unos minutos, lo más alto de que seamos capaces, nivel que iremos elevando cada día, de un modo comprobable, a poco que nos esforcemos en “subir” cada vez más.

Una vez logrado esto que, por supuesto, debemos repetir cuantas veces nos sea posible a lo largo del día, el siguiente paso ha de consistir, nada menos que, en tratar de quedarnos el mayor tiempo de que seamos capaces en ese elevado nivel, donde uno se da cuenta enseguida de que no llegan el mal ni el dolor ni la preocupación ni nada negativo. Ello habituará a todos los átomos de nuestros vehículos a acomodarse y a soportar tales vibraciones y a encontrarse cómodos con ellas, llegando, prácticamente, a “morar” en las alturas de modo casi permanente.

Se produce así una corriente constante y ascendente de adoración, de nosotros hacia la Deidad, y otra, descendente, de amor, de la Deidad hacia nosotros. Corriente que, por más maravillosa y plena que sea, nos debemos apresurar a desviar, de modo automático e impersonal, hacia la Humanidad toda, y nunca reservarla para nosotros. Nuestra elevación, nuestro progreso en la evolución, derivado de este ejercicio, no ha de ser nuestro propósito, sino un subproducto maravilloso del proceso que supone adorar a Dios y orar por los demás.

La elevadísima vibración recibida y trasladada a la Humanidad acabará siendo algo familiar, entrañable, deseado y fácil de lograr. De modo que podremos, en cualquier momento y situación, elevarnos de nivel, bañarnos en esas vibraciones únicas y regresar cargados de dádivas de felicidad y de plenitud y de amor.

22.- Resumiendo todo lo dicho:

- Cuando oramos conscientemente, por un lado, nos elevamos y, por otro, recibimos una respuesta proporcionada.

- Cuando nos elevamos y recibimos una respuesta se eleva nuestra frecuencia vibratoria.

- Cuanto más alta es nuestra frecuencia vibratoria, más positivamente estamos vibrando.

- Si oramos frecuentemente, estamos elevados y positivos frecuentemente.

- Nuestros vehículos se van adaptando y acostumbrando a esa vibración más alta.

- El cuerpo vital, creador de los hábitos, convierte la oración frecuente en una costumbre y, poco a poco, en una necesidad y, por tanto, la vibración positiva, en algo permanente en nosotros.

- Al convertirse la oración consciente en una necesidad, tendemos a satisfacerla sin que nos cueste esfuerzo alguno.

- Mientras vibramos positivamente, todos los pensamientos, sentimientos y deseos negativos quedan fuera de nuestra vida consciente.

- Si lo negativo es rechazado y cada vez vibramos más positivamente y durante más tiempo, avanzamos más deprisa.

23.- Terminaré, como siempre, con algunos poemas míos. Los dos primeros no han sido publicados aún. El primero de ellos se titula

“Imposible de describir”

La emoción y el sentimiento
y el deseo y la pasión
todos saben lo que son,
mas nadie sabe exponerlo.

Pero Tu Amor, allá dentro,
muy dentro del corazón,
no sólo causa emoción
sino, da conocimiento,

y saber y comprensión
y unión y contentamiento...
y hace mucho más difícil

contar Tu descubrimiento.

Y el segundo se titula:

“Estoy temblando”

Brincando por los riscos de la vida,
bebiendo en los arroyos de los vicios,
olvidando prestarles mis servicios
a mis hermanos; en perpetua huída,

he vivido aturdido y sin salida,
llenando mis jornadas de estropicios,
sin meditar jamás los beneficios
que dejé de crear, en mi estampida.

Hasta que Tú, Señor, Tu voz serena,
que siempre estuvo, suave, susurrando,
se me hizo oír, en medio de mi pena,
desde lo más profundo, suspirando
en mi pecho, dejando mi alma llena
de tal dicha, Señor, que estoy temblando.

Los tres siguientes pertenecen a **“El Viaje Interior”**. El primero se titula

“El conocimiento de sí mismo”

Diezma cada mañana la legión de tus vicios,
estúdiate por dentro y mírate al trasluz;
sabe de tus pecados, valora tus servicios,
no sigas el ejemplo, fatal, del avestruz.

Pondera tus virtudes y mide tus defectos
y evalúa tus sombras y valora tu luz,
y verás cómo cambian, hasta hacerse perfectos,

tus deseos, tus sueños, tus esfuerzos dilectos,
 más claros y brillantes que las perlas de Ormuz.

El segundo se titula

“La luz interior”

Utiliza el cedazo de tu mente,
 criba los acontecimientos de tu vida
 y verás cómo encuentras, escondida,
 tu luz interna, que te orienta al frente.

Y síguela sin miedo, sin dudarle,
 porque ella sabe cómo conducirte
 y adónde debes ir, y ha de decirte
 cuándo llegas y cómo has de lograrlo.

Y el tercero lleva por título

“¿Qué es hollar el Sendero del Conocimiento?”

Despertarse, un buen día, preguntando
 la causa y el sentido de la vida,
 y ver tu alma lógica transida,
 agotarse negando y suspirando.

Escuchar una voz que, susurrando,
 musita en tus oídos, convencida,
 un “levántate y anda” que intimida,
 la semilla del cielo en ti sembrando,

y echar a andar, de brumas rodeado,
 por la senda de inmensas soledades,
 y subir y bajar, estimulado
 por la atracción sutil de eternidades,
 y ver la luz, lejana, entimismado,
 que, alcanzada, te llena de verdades.

* * *